

EDITORIAL

Ciertamente vivimos un tiempo de gracia para la Iglesia a partir de la esperanza depositada en el proceso sinodal impulsado por el Papa Francisco, y en fidelidad creativa con el Concilio Vaticano II. En este *kairós* nos encontramos ante la invitación del Resucitado a trascender la lógica del individualismo que hiera la dignidad humana, así como el pesimismo que intenta corroer la esperanza cristiana y debilitar la confianza en el Espíritu vivificante recibido en el bautismo, para abrazar y celebrar la vida nueva en Jesucristo (cf. Jn 10, 10).

En este contexto, presentamos las reflexiones y experiencias que dan vida a esta edición de Testimonio: “Festejar la Vida”, que cierra la trilogía “Destellos del Alba” iniciada en el N° 312. Desde la alegría en los momentos de celebración hasta la serena reflexión, cada instante es una oportunidad para dar gracias y abrazar la plenitud de la vida que se nos ofrece generosamente.

En nuestras familias religiosas y comunidades es habitual que celebremos con cantos y, en algunos casos, con baile, pues “la danza es el lenguaje escondido del alma” y “un lenguaje sagrado”. El baile, junto con la música, es una expresión incomparable de la fiesta. Nuestros pueblos originarios de América Latina y la gente de nuestras comunidades, bailan y cantan a Jesús, a los santos y a la Virgen María en sus diversas advocaciones.

Jessica Oliva, estudiosa de la danza, afirma: “Se puede decir que *la vida misma es una danza*, con sus ciclos, vaivenes y acentos, con sus compases y giros sorprendidos. En la naturaleza y el cosmos, lo único constante es el movimiento. El ser humano necesita moverse para comunicarse y expresar amor, alegría, tristeza, melancolía, frustración, fe y esperanza, al ritmo de la música”.

La figura de la Virgen María del “Magníficat” es un modelo de quienes se alegran en el Dios de la salvación y expresan su gozo con sencillez. Los salmistas nos invitan, desde hace siglos, a realizar loas y alabanzas llenas de gozo, como en el Salmo 150: “Alabadlo tocando trompetas, alabadlo

con arpas y cítaras, alabarlo con tambores y danzas, alabarlo con trompas y flautas” (Sal 150, 3-4).

Recordando la frase dicha al Papa Juan Pablo II en Chile, por el obispo anfitrión en su encuentro en La Serena con los bailes religiosos, al parafrasear a San Agustín; dijo que “el que canta ora dos veces”, y “el que baila, ora tres veces”. Esta convicción nos hace enfatizar que la alegría y la celebración son lugares privilegiados de encuentro con lo divino.

Desde una perspectiva antropológica, se explora cómo la peregrinación y la fiesta, presentes en todas las culturas, nos elevan sobre los temores y despiertan el sentido de la vida y la superación de la muerte. Esto ayuda a superar la dicotomía entre lo espiritual y lo material, siguiendo el mandamiento de amar a Dios con todo el corazón, alma, mente y fuerzas (cf. Mt 22, 37; tb. Dt 6, 5).

La inspiración bíblica nos invita a encontrar signos de optimismo y gratitud en nuestro día a día, reconociendo la presencia viva de Dios en cada momento. Desde una perspectiva teológica, se reflexiona sobre la importancia de la oración y las celebraciones litúrgicas como medios para celebrar la vida y la comunión con lo divino.

En el ámbito de la formación, nos enfocamos en mantener viva la memoria del amor y la amistad como fundamentos de una vida plena, promoviendo la interculturalidad y el compromiso social como parte integral de nuestra vocación. También se explora la riqueza de nuestra religiosidad popular, encontrando en la devoción a Cristo y a la Virgen María una fuente inagotable de sabiduría y fe populares, donde se da una interacción festiva con lo divino.

En el artículo sobre la “fe popular”, se constata su creciente vitalidad dentro de la Iglesia, que desafía las críticas de teólogos y pastores que la consideran una “fe básica” necesitada de ilustración y purificación. El autor propone un enfoque “Cristo-relacional” que integra la devoción a los santos y a la Virgen con Jesucristo, invitando a los líderes eclesiales a adoptar una postura de aprendizaje y acompañamiento.

En definitiva, las páginas de esta edición nos invitan a contemplar la vida con nuevos ojos, reconociendo la presencia divina en cada instante, lo que llamamos “la Mística de los ojos abiertos”. Revisamos expresiones artísticas desde la época colonial hasta las festividades religiosas populares en Chile, constatando que todas ellas nutren nuestra fe y desafían el acompañamiento eclesial y el enriquecimiento mutuo.

Agradecemos a los autores y autoras que colaboraron en esta trilogía de “los destellos del alba” y, en particular, de este número. Sus reflexiones y testimonios nos ayudan –como Vida Religiosa– a relevar el cuidado de

toda dignidad humana y criatural, y a valorar la unción del Espíritu derramada en todo el pueblo de Dios.

Juntos celebremos la vida en toda su plenitud, guiados siempre por la luz del alba que es Jesucristo, vivo y resucitado.

RENÉ CABEZÓN YAÑEZ, SS.CC.
Director Revista TESTIMONIO